

Reseña bibliográfica

Nadia R. Altschul (2012). *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*. Chicago & London: The University of Chicago Press. 248 páginas.

Juan Antonio Ennis*

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP/CONICET)

Vivimos en tiempos de una particular fiebre archivística. Nuevos modos de acceso, almacenamiento y circulación de los documentos de la cultura (y de la barbarie, sobre todo de la barbarie), entre otros factores, han propiciado modalidades de trabajo y reflexión teórica que si bien no resultan novedosas en sus rasgos generales, sí lo son en lo extendido y febril de su práctica actual. Esto no se traduce solamente en un incremento del volumen de lo conocido del pasado, sino fundamentalmente en una redefinición recurrente de los mapas de lectura acostumbrados. Es decir: un trabajo de archivo no necesariamente supone la exhumación de un manuscrito perdido, sino en muchos casos la reconstrucción de un mapa cuyas conexiones permanecían al menos borrosas en los hábitos usuales para el estudio de la materia en cuestión.

Redefinir un mapa de lecturas, al mismo tiempo, puede implicar necesariamente un replanteamiento al interior de la teoría, no solo una ampliación de sus alcances o un desvío en sus trayectos habituales, sino fundamentalmente, a través de ellos, la formulación de nuevos interrogantes a la misma y la búsqueda de nuevos diálogos y combinaciones. Un mapa de lectura renovado, que supera y explica al mismo tiempo viejas, aparentemente obsoletas pero en buena medida aún vigentes compartimentaciones del saber, llamémoslo, filológico, es quizás uno de los hallazgos que puede obsequiar al lector el libro de Nadia R. Altschul, *Geographies of Philological Knowledge: Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*, publicado en 2012 por The University of Chicago Press.

El título, en principio, contiene un problema, o una trampa, un provechoso ardid en la relación entre esas “geografías” y el conocimiento filológico. En el siglo XIX, el conocimiento filológico no hace más que trazar esas geografías. Del mismo modo que el título de Errington, *Linguistics in a Colonial World*, podría hacer suponer que la lingüística se introduce en un escenario que en principio le es por naturaleza ajeno, y no, como enseña el libro mismo, que se trata en su forma moderna de un saber colonial, componente orgánicamente integrado en ese mundo, el libro de Altschul permitirá recorrer las intensidades y asimetrías de un mapa de lectura y organización (jerárquica, desde luego) del saber filológico entre el siglo XIX y el siglo XX.

¿Qué es una “épica nacional transatlántica”? Esta podría pensarse como la pregunta más plausible para cualquier lector que se acerque al libro de Altschul, y esa perplejidad puede dar buena cuenta de lo atractivo y complejo del objeto que aborda, que en esa misma extravagancia que denuncia la combinación de lo nacional y lo transatlántico como atributos de la epopeya pone en evidencia la necesaria reconfiguración de lo que el título mismo enuncia al explorar sus zonas más periféricas: la geografía de uno de los saberes medulares para la consolidación epistémica de la expansión política del imperialismo europeo moderno.

Probablemente, la mayor dificultad que plantea el abordaje de una materia periférica con respecto a la mayor parte de los saberes que convoca es la de ofrecer una solución legible a los interrogantes que la misma obra. Una solución legible, es decir, la posibilidad de dar

* Correspondencia con el autor: juanennis@conicet.gov.ar.

forma a un texto que encuentre un lector plausible en su medio de difusión, y que al mismo tiempo haga justicia al objeto en cuestión, a sus condiciones históricas de emergencia, a las tradiciones que integra, funda o desde las cuales es leído. Y en esa solución, en su entramado, está el mayor interés del libro, una de las riquezas de su aporte. Por eso mismo, desde la introducción, desde su mismo umbral, en el título y los epígrafes, se pone de relieve esa marginalidad: “Creole medievalism and settler postcolonial studies”, el título que sintetiza el problema teórico-metodológico que deberá resolver para dar cuenta de la conformación de su objeto y de su enfoque, da cuenta en primer lugar de lo escasamente estudiado de la materia abordada, así como de su carácter doblemente marginal y al mismo tiempo innovador en sus intervenciones sobre los diseños de espacio y tiempo que impone el saber europeo al resto del globo. Porque en definitiva, podría decirse, se trata de un libro sobre el Cid de Bello. Pieza arqueológica en principio extraña, anómala, publicada póstumamente en 1881 como segundo tomo de la edición oficial chilena de la *Obra completa* del polígrafo caraqueño, reconocida asimismo por el medievalismo contemporáneo como la primera tentativa moderna verdaderamente solvente de edición del texto –aunque al mismo tiempo nunca demasiado atendida más allá de lo anecdótico–,¹ que esta empresa haya sido asumida por primera vez por un intelectual criollo comprometido en el proceso independentista y la gestión de los nuevos estados americanos con la intensidad y la persistencia con que lo hiciera Bello es algo que en principio llama la atención de cualquier lector. El desafío que se impone en este caso, en el marco propuesto, es el de reponer un marco de lectura que dé cuenta acabada de la compleja factura, recepción y ubicación del trabajo de Bello sobre el que debía devenir aún poema fundamental de las letras españolas. Para ello, todos los adjetivos deben ser explicados, matizados, resituados en el peculiar contexto de un intelectual criollo hispanoamericano del siglo XIX que, tomando en sus manos buena parte de las tareas intelectuales que implicaba la construcción de un Estado americano moderno (empresa que incluye la gestión de la Ley y la lengua, así como de la tradición literaria), debe reformular los términos de la relación con la antigua metrópoli, que no son los de la simple ruptura y religamiento que supieran leerse más de una vez en las relaciones de Bello con la cultura española, sino que se van integrando en una, si bien cambiante, siempre estratégicamente madurada reescritura que es a la vez un reposicionamiento en y frente a ella.

Así, debe poner en primer lugar de relieve que, en la geografía del saber filológico como saber colonial por antonomasia, esa antigua metrópoli europea no es en el siglo XIX una voz autónoma en la gestión de una tradición nacional, sino a lo sumo un feraz terreno de estudio para el medievalismo europeo, objeto del saber al cual se le deniega la coetaneidad (de ahí su feracidad, para detractores y apologistas España era la Edad Media dentro de la Europa moderna) y la posibilidad de una tradición épica propia. En suma, la España de la primera mitad del siglo XIX es definida como una suerte de espacio colonial intraeuropeo: “[...] throughout the nineteenth century the heart of Europe perceived the Iberian Peninsula as an exotic and backward “colonial” space” (10). Este espacio colonial y atrasado se asocia con su pasado de ocupación árabe y a través de él se “orientaliza” en la mirada de los viajeros franceses, ingleses y alemanes, propiciando en el argumento expuesto por la autora la introducción del concepto de “occidentalismo” con el cual Mignolo, en abierta alusión al “orientalismo” de Said, describe el modo en el cual se “europeízan” los territorios extra-europeos incorporados al mapa global, entendiéndolo específicamente en este volumen como “the cultural self-understanding of the Americas as an extension of Europe and [...] therefore part of an intellectual internalization of coloniality” (13). En este sentido, aclarará, es en

¹ Destaca en la historia de esta ausencia (la edición del Cid, por ejemplo, no se incluye en la edición caraqueña de las *Obras* a mediados del siglo XX) la labor de Pedro Grases, el especialista en Bello que dedicara más de un trabajo al asunto, el último de ellos de 1988.

términos de “occidentalismo” y “postcolonialismo” que se estudia el período, y no en los del “post-occidentalismo” de Mignolo (2000), que implica una forma de emancipación política y cultural, un modo de pensar que tiene una salida del marco occidental en el cual el siglo XIX criollo definitivamente encuentra cobijo.

Hay ciertos rótulos capaces de despertar la desconfianza en el lector ajeno, más o menos distante o crítico de algunas tradiciones o prácticas bastante acostumbradas en la academia norteamericana. El adjetivo poscolonial llevado al siglo XIX latinoamericano, el problema de conjugar esa cultura criolla tan poco compatible en principio con los rasgos habituales de lo que se ha establecido como la forma primaria o prototípica de la figura poscolonial a través de la teoría del *settler* pueden en este caso generar alguna suspicacia de este tipo. Y sin embargo, afortunadamente, *Geographies...* no hace más que frustrar estas expectativas, dado que este marco explicativo inicial, que de manera consistente inserta la diferencia criolla americana en el esquema del saber poscolonial, lejos está de convertirse en molde en el que encajar un corpus que comporta especiales dificultades, sino que oficia de marco general para un ejercicio lector original, de una temporalidad y geografías complejas, en la que antes que cualquier molde previo prima la acuidad crítica.

Así, aclara Altschul: “Here postcoloniality does not imply cultural or political emancipation but the myriad relationships created among all sides and aspects of a hierarchically uneven social situation after colonial contact; in the case of American criollos it envisions a resistance to the metropolis coupled with the internal colonialism of subjugated populations” (13). Si la modernidad/colonialidad occidental hace de las historias y proyecciones locales de las potencias europeas diseños globales (Mignolo *dixit*), lo que una(s) geografía(s) del saber filológico como la(s) que presenta Altschul viene(n) a revelar es cómo la diferencia criolla introduce una falla en la aplicación irreflexiva *a posteriori* del modelo filológico para pensar la nación y el imperio.

El de lo criollo es un término relacional, definido por su oposición y relación con otros términos; y por ello, subrayando lo largamente desatendido (hasta los últimos años) de la figura del criollo americano en los estudios poscoloniales, Altschul se ocupa de subrayar lo complejo de esta posición de sujeto, que en el caso particular de Andrés Bello puede definirse a partir de al menos cuatro oposiciones: criollo para los españoles, venezolano y/o chileno para los demás americanos, criollo ante las poblaciones amerindias, criollo ante las de origen africano (17). El posible conflicto que plantea la adopción del paradigma poscolonial para el estudio de un terreno tan controvertido como poco frecuentado para este enfoque se resuelve así pensando al criollo hispanoamericano como *settler*, señor colonial y colonizado que en el proceso de formación de los estados americanos modernos negocia tradiciones y posiciones de sujeto para la preservación de un orden legado por la colonia en el que él asumirá la posición hegemónica.²

El primer capítulo, acerca de los “estándares globales” de la historiografía, sitúa en la historia (como disciplina y como contexto) el texto maestro en cuya extrema periferia se desarrolla la práctica de Bello y en el cual el mismo adquiere toda su aparente extravagancia, concreta la originalidad del enfoque en el traspaso de la hipótesis que da título al libro de Mignolo sobre historias locales y diseños globales al examen de los estudios medievales

² De este modo, los lineamientos teóricos iniciales del libro deben tomar posición en este espinoso debate de la viabilidad del enfoque poscolonial para el siglo XIX hispanoamericano, sosteniendo no solo su utilidad en este terreno, sino además que “the use of postcolonial theory did not translate into mindless application but into debates leading to a deeper understanding of the specificities of Spanish American colonialism” (21). Para agregar en seguida: “While many consider that postcolonialism is not suitable to the study of Spanish America [...] and others view Spanish American colonization as being too different from that of white settler colonists, this work on Andrés Bello goes against the grain of both of these more mainstream perspectives” (22).

desde su configuración entre la matriz metodológica de la filología lachmanniana y su sustento ideológico en el nacionalismo moderno. Así, su planteo inicial se sintetiza al postular que la relación entre el medievalismo Hispanoamericano y el Europeo es reconocible como una situación de colonialidad del saber (33).

Para situar la disciplina en la historia, Altschul vuelve sobre la historiografía disciplinar, particularmente sobre el trabajo de Yakov Malkiel y María Rosa Lida, lo que le permite reconstruir la relación entre la lectura de la “anomalía” del lugar fundacional del intelectual criollo en el medievalismo hispano, la autoridad de la tradición alemana y el establecimiento de la filología moderna en España desde fines del siglo XIX. Así, subrayará el hecho sintomático de que Malkiel encuentre en los alemanes Lenz y Hanssen los “padres fundadores” filológicos de la nación chilena, y en Bello un mero precursor precientífico. Si el paradigma es el del rigor metodológico de la escuela filológico-lingüística (no sólo la lachmanniana) en Alemania, entonces Malkiel puede situar a Lenz y Hanssen como fundadores en América de una tradición en la que él, su mujer y Menéndez Pidal pueden integrarse, y de la que Bello, más allá de la publicación póstuma de su proyecto cidiano y de los aciertos del mismo, no participa.³

Una segunda instancia en la marginación historiográfica del Cid de Bello será la que ofrezca la lectura del volumen de Luis Galván (2001) acerca de la historia de la recepción del poema en España desde su primera edición en 1779 hasta el comienzo de la Guerra Civil. Así, Galván da un lugar a Bello en la historia de los estudios cidianos, pero lo ubica – erróneamente, al buen entender de la autora– fuera de la tradición romántica, en su instancia previa, neoclásica, dada fundamentalmente la supuesta ausencia del carácter nacional – parámetro evaluativo devenido fundamental para toda épica o filología– en su estudio (44-45). La lectura de los trabajos del mismo Bello permite poner en cuestión esa interpretación, como se ve en este capítulo, donde sin embargo no se trata de incorporar o no a Bello en la tradición romántica, sino de poner en claro cómo el conocimiento de los saberes académicos hegemónicos en Bello exige una nueva explicación para su heterodoxia con respecto a los diseños globales del saber, basada no ya en una carencia, sino, como desarrollará el libro, en formas de la resistencia –y ese es quizás uno de los aspectos, y uno fundamental, en el libro, que pueden fruncir provechosamente el ceño del lector del siglo XIX latinoamericano, donde en una larga tradición de apologías y detracciones pensar a una figura del poder como Bello en el lugar de la resistencia: esa resistencia, se aprende a leer en el libro, carece de matiz épico y se afirma en cambio como una categoría de rigor analítico.

El segundo capítulo (“Taken for Indians: ‘Native’ Philology and Creole Culture Wars”) da cuenta del filtro que se interpone en la tradición que relee el libro entre la labor de Bello y los estudios filológicos posteriores en su mismo ámbito de influencia a partir del establecimiento del Instituto Pedagógico en 1889 y las polémicas que se desatan con la importación de la filología moderna a Chile con la incorporación al Instituto de los alemanes Lenz y Hanssen como figuras influyentes en el mismo, donde la orientación europea llevada adelante por intelectuales europeos se tomará, incluso en la época, como una forma de avance colonial sobre la cultura nacional. La intervención de Eduardo de la Barra, el principal polemista en este caso, permite observar en sus argumentos un aspecto fundamental del carácter relacional de la identidad criolla, en cuanto procura defender la autonomía y dominio del saber de sí, su

³ “German methodology had successfully become the measuring stick for professional philology, and Malkiel’s ‘local history’ had become imprinted by a ‘global design’ that could be used to assess the disciplinary world according to a hegemonic perspective. What Malkiel was able to ascribe to Pidal, Lida, Hanssen, and Lenz was their belonging to this German-style philology of which he was himself a master. Bello did not fully share the philological background and methodology deemed an indispensable scholarly standard for membership in the club of modern scholarship” (43).

cultura y su lengua de los americanos, marcando al mismo tiempo la diferencia con el otro, bárbaro interno, el indio.

La segunda parte, “Metropolitan Philology and the Settler Creole Scholar”, distribuye en dos capítulos un argumento necesariamente doble que explica históricamente la “anomalía” del fundador colonial criollo de la filología de la antigua metrópoli europea: el primero de ellos (“National Epic Denied...”) da cuenta de la explicación histórica que ofrece la filología europea a la subalternidad política de España en los siglos XVIII y XIX frente a las potencias vecinas, cómo los precursores decimonónicos de Menéndez Pidal (R. Dozy, G. Paris, Ferdinand Wolf) constituyen el fondo contrastivo para su construcción filológica del archivo sobre el que amalgamar la nación española (una lengua, una tradición épica, la continuidad popular del romancero). Así, si la gran épica de raíces tradicionales constituía la evidencia de una amalgama y potencia fundamental para el desarrollo de las naciones modernas (aquellas naciones que se convertían o aspiraban a convertirse en imperio), la constatación de una *falta* en la Península Ibérica en este sentido permitía afirmar y explicar su marginalidad y subsidiariedad en el mapa político y cultural de la Europa del siglo XIX, en cuyo marco, asevera la autora, España no aparecería como un sujeto del diálogo, un miembro genuino de ese concierto de naciones, sino un objeto de estudio sobre el que se aplicaban métodos y enfoques diseñados para otras geografías y que, en su desmedro, al incluirla entre sus alcances hacían de ella también una parte de la alteridad colonial. Así, el discurso académico habría “colonizado” exitosamente a España en un contexto europeo definido por los parámetros literarios del Romanticismo y los científicos de la filología alemana y francesa (92-93).

Esta explicación histórica, a la vez, hace posible la anomalía del fundador criollo de la filología y la tradición épica metropolitana. El cuarto capítulo, “Andrés Bello and the Foundations of Spanish National Philology”, parte de esta excepcional presencia del intelectual criollo en la fundación de los estudios de la poesía medieval de una nación europea, excepcionalidad que tiene como condición de posibilidad la marginalidad y la falta vistas en España por las formas dominantes del saber filológico. Así, el lugar fundacional de Bello se explica a partir de su relación con el paradigma romántico, dado que, como deja en claro la autora, “[e]ven though the oldest texts of the national tradition were studied long before the nineteenth century, national philologies do not start with the first medievalist projects; they start with the first Romantic medievalist projects” (117). El completo repaso de la historia de las ediciones y lecturas del *Cid* en el marco de la controvertida presencia del Romanticismo en España da cuenta asimismo del modo en que la labor cidiana de Bello supone una suerte de contaminación criolla del paradigma de la épica nacional para España, en la medida en que no solo abre su tradición fuera de ella, sino que además lo hace “contaminando” esa fuente al establecer una inobviable presencia francesa en sus fuentes. Esta doble contaminación explicaría el relegamiento de la labor pionera de Bello tanto en la indiferencia de Bretón de los Herreros a la cabeza de la Real Academia Española ante la propuesta del mismo Bello como en la larga hegemonía de la escuela menendezpidaliana.

La tercera y última sección, “Medievalist Occidentalism for Spanish America” desplaza el enfoque sobre el medievalismo criollo de Bello de la perspectiva disciplinar de la historiografía europea a uno que pone en su centro los sentidos que este pudo asumir para el espacio mismo de su enunciación, sosteniendo que desde una perspectiva latinoamericana las faltas argüibles desde la mirada metropolitana pueden traducirse en una forma de resistencia a los diseños globales del nacionalismo decimonónico y su visión de la épica.

El primer capítulo de esta sección, “Defining the Spanish American National Epic and Other Occidental Resistances”, recuperando las tesis de Mary Louise Pratt (1992) acerca del occidentalismo criollo postindependentista, que encuentra en Bello a uno de sus exponentes más claros, agrega a las mismas una faceta de resistencia criolla poscolonial que

no contradice ese occidentalismo, sino que hace a su auténtica impronta criolla. En su desarrollo, demuestra cómo la lectura de Pedro Grases, quizás el mayor especialista en Bello en el siglo XX y aquel que mayor atención prestara a su faceta medievalista, se habría ocupado de afirmar la lectura exclusivamente hispanista del occidentalismo de Bello, que hace de su labor un elemento decisivo en la afirmación de la raigambre predominantemente hispánica de la cultura criolla, obnubilando la influencia de los demás componentes (indios, afroamericanos, mulatos, mestizos) y, sobre todo, de la más amenazante competencia de la cultura europea dominante en el siglo XIX (Francia, Inglaterra, Alemania). La afirmación de la comunidad de la raza y todo lo que ella implicaba en fecha tan crucial como la de 1941 se sitúan así históricamente en la perspectiva *hispanista* de un republicano exiliado con todas sus aparentes contradicciones, haciendo el panegírico erudito del intelectual americano y apropiándose al mismo tiempo como cabeza de puente de la cultura española en la antigua colonia. Luego de encontrar una segunda instancia en la recuperación del trabajo de Bello sobre el Cid como una de las claves en su trayectoria en el libro ya más reciente de Iván Jaksic (2001), Altschul realiza otra interesante operación de relectura de la crítica posterior a través de la reconfiguración de la compleja geografía en que se ubica y desplaza su objeto, indicando cómo la supuesta singularidad del afán de Bello por el poema, materia presentada como desconocida y oscura en la época, responde más a la configuración de mitologías posteriores relacionadas con la dinámica de la filología, los nacionalismos y panhispanismos del siglo XX que con un contexto en el cual, como ha desarrollado previamente, la materia cívica constituía un foco de atracción para el Romanticismo europeo y las formas del saber sobre los textos y la cultura a él asociadas (145).

En este capítulo, para resolver el problema de los vaivenes en la definición de la épica por parte de Bello, la autora recurre a la lectura de las intervenciones del caraqueño en Chile sobre *La araucana* de Ercilla, texto clave para pensar el problema, y que le permite a la vez formular una hipótesis decisiva para el discurrir del libro, de acuerdo con la cual la preocupación por la definición del género del Cantar cívico “is not a metropolitan-oriented endeavor but is related to his need to provide a similar foundational epic for the new American republics” (151). Hay una épica para cada tiempo y para cada latitud, argüirá Bello, y *La araucana* aparece así como el poema fundacional de la nación chilena, sustraído en su excepcionalidad a la España de su tiempo. Ocupación simultánea a la del Cid, le permite al mismo tiempo capitalizar sus estudios sobre la épica en Londres al servicio de la construcción de una nación para los nuevos estados americanos. La atribución de la condición épica al poema de Ercilla aparece como una forma de “Occidentalist resistance”, inspirada por el carácter fundacional que el Romanticismo otorgaba a la épica medieval, en un movimiento que consiste en negarle esa condición al poema medieval castellano y asignársela, al ampliar el alcance del término, al de la temprana modernidad escrito en Chile (158).

A la hora de repasar otras formas de esta resistencia occidentalista, hace su aparición otra lectura inevitable en el corpus Bello: la *Alocución a la poesía*. En la lectura de este poema, resulta notable cómo se integra el tropo medieval de la *translatio studii et imperii* (167 y ss.), no solo porque el mismo pueda en efecto actualizarse entre el poema y la respuesta a Lastarria de 1844 allí también mencionada, sino porque esa misma *translatio* cifra en buena medida la complejidad del entramado en el que nos ubica este libro:

I do not concur with the idea that [la cita es del trabajo de Álvaro Kaempfer] the *Invocation* is “in frank opposition to the cultural interpretation that makes of America the continuation of Europe.” Bello’s invocation to Poetry is viewed here instead as a new chapter in an Occident that, as *translatio studii et imperii* reminds us, had always been physically movable and was continuously repositioned in new geographical and temporal settings. Poetry’s American abode is a new home in a centuries-long voyage, and the call for Poetry to start over in the new

continent is an Occidental resistance inspired by a medieval trope—a resistance, from within, to the idea that Europe is the last stop in the Western travels of the Occident. Suggestively, the movement West in *translatio* also implied a decadence of the previous holder of superior power and civilization, recalling the decadence of Europe (a place where “corruption is called culture”) adduced by Bello for the *translatio* of Poetry to America (170).

Así, la ubicación de los estudios del siglo XIX latinoamericano en el marco de los estudios poscoloniales, y dentro de ellos en este caso en el de la “settler postcolonial theory” habla precisamente de la dificultosa legibilidad del objeto en cuestión, a la cual este marco contribuye a dar una respuesta, extendiendo el alcance a otros ámbitos sin que eso suponga subsumirlo en esquemas preestablecidos. Es por eso que resulta tan importante para la comprensión del lector que se subraye en primer lugar, dentro de este marco teórico, el carácter al mismo tiempo colonizador y colonizado del *settler*, el desplazamiento de las poblaciones originarias y la apropiación del status de “nativo”, releyendo en la carta de Jamaica aquello que Dardo Scavino (2010) ha hecho materia de su reciente trabajo sobre el “fervor contradictorio” del criollo americano, europeo y nativo americano a la vez, debiendo administrar ambos legados para gestionar su hegemonía.

El capítulo sexto, “The Spanish Orient in Bello’s Spanish American Occidentalism”, da cuenta del modo en el cual, tanto en los estudios sobre la cultura europea medieval como en la poesía americana y la disquisición historiográfica, la construcción de la alteridad amerindia coincide estratégicamente con la de la alteridad islámica en la historia y la lengua de España, dando lugar a una “occidentalización” de la orientalizada España que hará posible la extensión del mismo proceso al Chile criollo. La preocupación por la estirpe latina de la cultura hispanoamericana se ve tanto en las disputas por la historia (en la polémica con Lastarria en 1844, por ejemplo) como en los argumentos acerca de la aliteración, donde ni la presencia germánica ni la islámica, y menos aún la convivencia con el indio dejarían huella verdaderamente duradera. El “medievalismo” de Bello en sentido amplio aparece así no como una ocupación marginal, sino como una presencia activa que, aunque pueda en apariencia parecer centrada en una discusión de asunto y concernimiento europeos, apunta a su implementación en el contexto americano. Así, des-islamizar, y así des-orientalizar a España puede contribuir a pensar el borramiento del otro indígena en el espacio americano, haciendo su desaparición una fatalidad de la historia que en definitiva justifica cualquier violencia. El “fallo de destrucción” pronunciado sobre el “tipo nativo” del que habla al polemizar con Lastarria en 1844, inmediatamente después de haber aseverado que “la cultura árabe fue siempre una planta exótica en medio del triple compuesto ibero-romano-gótico que ocupaba la Península Ibérica” y “era necesario que uno de los dos elementos expulsase o sofocase al otro” (Bello [1844] 1970: 85) habla a las claras de ello, y deja ver el modo en el cual el exterminio puede presentarse como fatalidad o necesidad histórica en la que incluso el criollo o el español mismo dejan de aparecer como agentes responsables. Finalmente, la última sección termina de demostrar, como expone la autora, cómo este objeto en apariencia extravagante, el medievalismo criollo, puede contribuir a enriquecer nuestra comprensión de los usos del pasado y la continuidad de los efectos de la imaginación colonial más allá del espacio y el tiempo de su emplazamiento histórico inicial (201).

No es fácil hacer justicia a un volumen que integra en una perspectiva original un conjunto tan rico de lecturas en un entramado histórico cuya complejidad sostiene con solvencia sus hipótesis. En definitiva, lo que esta limitada exposición del mismo quisiera dejar en claro es la certeza que va creciendo al ir avanzando sobre sus páginas, de que *Geographies of Philological Knowledge* ha de volverse, al menos para aquellos que frecuentan este archivo del saber filológico moderno, una lectura imprescindible.

Bibliografía

- Bello, Andrés. [1844] 1970. "Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile. Memoria presentada en la Universidad en la sesión solemne del 22 de septiembre de 1844, por don José Victorino Lastarria" *Antología Andrés Bello*. Santiago: Fondo Andrés Bello. 85.
- Errington, Joseph. 2008. *Linguistics in a Colonial World. A History of Language, Meaning and Power*. London & New York: Blackwell.
- Galván, Luis. 2001. *El "Poema del Cid" en España, 1779–1936*. Pamplona: EUNSA.
- Grases, Pedro. 1941. *Don Andrés Bello y el "Poema del Cid"*. Caracas: Valery Rísquez.
- Grases, Pedro. 1988. "El calvario de los estudios de Andrés Bello sobre el Poema del Cid". *Nueva revista de filología hispánica* 36: 2. 1159-1181.
- Jaksić, Iván. 2001. *Andrés Bello: Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mignolo, Walter. 2000. *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, Border Thinking*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Pratt, Mary-Louise. 1992. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge.
- Scavino, Dardo. 2010. *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.